



EL MAR DE LOS ESPEJOS

JUAN P. VIDAL

NOTA DEL EDITOR

Esta novela está basada en unos hechos que sucedieron en la ciudad de Nueva York durante la década de los noventa. Los nombres utilizados en ella, por respeto a los protagonistas, han sido cambiados. Después de su publicación hace más de veinte años y tras los nuevos eventos ocurridos recientemente, hemos decidido, con la autorización del autor, realizar una nueva edición. En esta se incluye una segunda parte, donde se aclaran los sucesos acontecidos en la primera.

PRÓLOGO

Escribir para morir con cada palabra, con cada frase. Notar que mi alma, mi respiración, se va perdiendo, vaciando de sentido, de todo, salvo de eternidad. Necesito escribir para soñar que alguna vez todo será diferente.

PRIMERA PARTE

I

Ahora, al escribir estas páginas, estas líneas de dolor y arrepentimiento, descubro el sabor amargo de una tragedia que pude evitar. Sí, en estos momentos me es imposible eludir la realidad de mi congoja, pero lo que mayor sufrimiento me causa no es el hecho en sí, sino las circunstancias que lo acompañan y, lo que es peor, las consecuencias, la aceptación de mi propia culpa. Durante estos últimos años que he vivido en España, he hecho del olvido el refugio de mi conciencia.

Sufro al sentir mi culpa, al ver un pasado que me parte en dos, una suerte que me despedaza como si de un roble marchito se tratara y que me descubre mi verdadero ser. Dejé mucho de mí mismo en aquella ciudad de espejismos e ilusiones, pero lo que más me dolió fue abandonar allí una conciencia que condenó a un hombre para el resto de sus días. Ni los mejores recuerdos de mi vida son capaces de salvarme de una culpa que ha resurgido de sus propias cenizas. Aquellos recuerdos se me escapan como una bandada de gaviotas sobre un océano de impaciencia. Sí, es todo como un cuadro que va perdiendo sus colores, su estructura, sus figuras y deja caer la pintura sobre la pared en forma de grandes y amorfas manchas sin sentido. Las sombras del pasado son eso, sombras, ilusiones. Existen solo en nuestra mente. En realidad,

son una parte más de la ficción que nos rodea. Son espectros que surgen en mitad de la noche, para esconderse detrás de nosotros y mover los hilos de nuestra existencia. Queremos dudar de ellas o, mejor dicho, querríamos liberarnos de ellas, pero eso es imposible. Son una parte irrenunciable de nosotros mismos. La parte más irrenunciable.

Durante estos últimos años en España, he vivido de las memorias que nunca quise recordar y que, de sobra sabía, eran la guarida de mi conciencia. Las huellas que el tiempo deja en nosotros son como olas en el océano: nunca son las mismas, son siempre diferentes y, como en el mar, en el tiempo no pueden existir caminos que lo surquen. En realidad, escribo ahora para olvidar, para olvidar que existo, porque los recuerdos, los mismos que ahora transcribo en estas hojas, son la manera más burda que he encontrado para huir de mí mismo. Me doy cuenta de que el hombre, para aprender a vivir, debe ir muriendo poco a poco a su pasado, a todo aquello que en su momento fue o, lo que es peor, pensó que fue.

Ya solo pretendo enterrar mis recuerdos en el valle del olvido, con las sombras de la memoria como únicos guardianes, perdidos en la espesa niebla de unos valles de difícil acceso, pero sobre todo de imposible retorno.

Ya solo puedo esperar y confiar en que algún día, estés donde estés, puedas llegar a perdonarme.

II

Alice permanecía escondida tras una cortina de humo, donde solo su voz parecía tener forma. Luchaba por dar entidad a unas palabras que se perdían en el vacío de la habitación.

Yo no recordaba el tiempo que llevaba en aquel amplio apartamento del East Village. Comenzaba a tener problemas para seguir el hilo de lo que allí sucedía. Oscurecía tras la única ventana que saludaba a la ciudad, y el humo se derramaba en finas hebras sobre el brillo ansioso de la noche. Imposible recordar el número exacto de personas que, a lo largo de toda la tarde, habían transitado por aquel *loft* neoyorquino. Había perdido la noción del tiempo entre tantas idas y venidas, entre tanto portazo y timbrazo. Para qué engañarme, ni siquiera sabría decir por qué continuaba sentado en aquel sofá, escuchando las pretenciosas conversaciones que pululaban por todos los rincones. Bueno, miento, era la pereza, no tener otra cosa mejor en la que malgastar mi tarde del sábado, y la esperanza inútil de ver a alguien que, de sobra sabía, jamás encontraría allí, lo que me tenía prisionero en aquel lugar.

Por la mañana, por alguna razón, tuve la ilusión de encontrarme con un antiguo recuerdo perdido en el sueño de la distancia. Quizás la necesidad de recuperar lo que nunca existió no

fuese más que la luz que iluminaba el sinuoso camino hacia la desgracia. Es humano levantarse con el alma dolorida, abrir los ojos, comprobar la soledad que se esconde entre las paredes de la habitación y dejarse llevar por una ilusión, por una idea que esperas y nunca llega. Lo que esperaba poder encontrar en este piso neoyorquino era más un gemido que clama en mi memoria que el sueño de una ilusión.

Había acabado el último cortometraje y de nuevo las palabras comenzaban a danzar sin recelo ni pudor sobre el turbio anochecer del salón. Si los otros habían sido malos, lo mejor que tenía este era su duración. Intentar buscar algo, ya no digo artístico o creativo, sino con un mínimo para que pudiera ser visto con deleite, en la historia de un pobre hombre que se dedica a acumular basura en su apartamento para luego pegarse un tiro y enterrarse en ella, me parecía un insulto a la inteligencia. Igual por lo absurdo podría tener algo de cómico, pero lo que acababa de presenciar era cualquier cosa menos gracioso; en todo caso, grotesco.

El *loft* era más amplio de lo que en un primer momento pudiera parecer. Tenía, además, una gran luminosidad, gracias a los amplios ventanales que daban a Tompkins Park. Las paredes, espolvoreadas por un gris ceniciento y el ladrillo típico neoyorquino, le daban a la atmósfera una incierta levedad. Dos enormes tubos de calefacción colgaban del techo, cruzándolo de lado a lado, dejando entrever un pasado distinto. Era una delicia para la vista recorrer el piso con la mirada y descubrir una extravagancia que sorprendía por su armonía.

No tenía muy claro quién era el dueño de aquel apartamento, aunque tampoco me importaba demasiado. Me figuro que debía de haber visto uno de sus cortos esa tarde, pero tenía, la verdad, poca curiosidad por saber cuál había sido. En ese momento éramos no más de treinta las personas que atestábamos

el piso, y las palabras en alemán se confundían con un inglés foráneo y desdibujado.

—Le ha faltado un poco de ritmo. La intención estaba bien, pero creo que no ha llegado a plasmarla con eficacia. Lo que está muy logrado es la idea de la basura. Es una hermosa metáfora de la vida, no somos más que desperdicio y, como tal, al morir, volvemos a nuestra esencia; aunque tampoco es una idea tan nueva, algunos directores como Mithoguchi la han desarrollado ya, ¿lo conoces?

Al terminar de hablar, aquel individuo de rasgos germanos se echó hacia atrás sobre el respaldo del sofá. Era como si se hubiera quedado aturdido por el peso de sus propias palabras. Por la mueca de su cara, se podía apreciar perfectamente el orgullo que le causaba haber dicho lo que había dicho y, sobre todo, la forma en que lo había dicho: con la contundencia y pedantería del que siempre pretende cautivar a sus interlocutores cuando habla. Por un momento, estuve tentado de responder con sinceridad. No era fácil que comulgara, en aquellas reuniones de intelectualoides neoyorquinos, con las pomposas falacias de unas palabras huecas y vacías.

—La verdad es que no.

—¿No lo conoces?

—Hombre, si lo conociese, no te diría que no.

En ese momento, la presencia de aquel individuo molesto y pretencioso se me hizo insoportable. Ayudado por el humo de la marihuana, me trasladé lejos de allí, a los amaneceres de un pueblo sepultado bajo la espesa sombra del olvido, unas escenas marcadas por un tiempo irreal y desvalido. Viajé con mi mente por el viejo puerto guarecido del mar, por las calles angostas y descuidadas, por unas aceras envejecidas, enmohecidas por la lluvia y los años. Por un instante, alcancé a sentir la brisa del Cantábrico, pero una fotografía de Manhattan, que colgaba de

una de las paredes del salón, me devolvió, sin piedad alguna, a la realidad.

—A mí me gusta mucho lo que se está haciendo actualmente en Nueva York. Es un cine que sabe plasmar muy bien la perplejidad de la existencia humana, que consigue crear una atmósfera de irrealidad muy acorde con la que se respira en la actualidad en el mundo. La afrenta del hombre a su propia condición, la lucha contra los anhelos impúdicos, es un tema que me fascina.

—La verdad es que tengo gustos más sencillos, a mí solo me interesan las películas pornográficas —le contesté, absorto en el intento de recuperar unos recuerdos que recreaban en mi memoria escenas desdibujadas por el paso de los años. No es fácil mantenerse fiel a los propios gustos, pero ni quiero ni puedo permitirme el lujo de buscar, en mi persona, una vanidad con la que abonar una excesiva necesidad de aprobación. Nada más lejos de mi carácter, no van por ahí mis pretensiones en la vida.

Al final conseguí levantarme de un sillón que amenazaba con convertirse en la tumba de mi voluntad. Busqué con la mirada a Alice. Se encontraba en la terraza, hablando con un neoyorquino a quien conocía de alguna otra fiesta y del que no recordaba su nombre. No deseaba presenciar la batalla dialéctica que a buen seguro se estaba produciendo entre ambos. Lo más inteligente era postergar mi despedida y dirigirme a la cocina en busca de algo que picar. Esperaría una nueva oportunidad para salir de aquel lugar. Gracias a Dios, enseguida me llegó.

—Oye, Luis, ¿qué te ha parecido el corto?

Ahí estaban sus ojos oscuros y diáfanos, su cabello corto, su tez almidonada. Se podía respirar la atmósfera retocada que dejaba a su paso. Había en su rostro un rasgo difícil de describir, quizá era el conjunto el que daba ese aire etéreo a su figura. Muchas veces sus palabras, cuando conseguía modularlas en el tono auténtico de su espíritu, acariciaban los oídos de su inter-

locutor, descubriéndole un nuevo rostro en su semblante. Era esa tonalidad grave y sensual la que cautivaba. Pero todo esto se desvanecía cuando la observabas en la distancia: ahí perdía parte de su encanto, que parecía residir en la intimidad que provocaba su cercanía.

—Ha habido alguno decente, pero bueno tú conoces mis gustos, todo esto es demasiado para mí. ¿Cuándo vuelve Charlie?

—La semana que viene. Se va a quedar un par de días más en Bogotá.

Sabía de sobra que estaba de viaje, pero necesitaba saber de él. Al oír su nombre en una boca ajena, la distancia y el tiempo que nos separaban se diluían. Me sentía perseguido por su imagen y, en compañía de Alice, su novia, su presencia se hacía aún más intensa.

La historia de Alice no daba para mucha poesía. Su madre murió cuando ella contaba con apenas nueve años. Creció con una tía suya, que tardó poco tiempo en acompañar a su hermana en el último viaje hacia quién sabe dónde. Después de un tiempo en un orfanato, se vino a Estados Unidos con un novio americano que conoció en Barcelona y que la abandonó a los dos años de cruzar el charco. Su vida fue un ejemplo de recia voluntad, de deseo de sobrevivir en una ciudad como Nueva York. Quería evitar a toda costa volver a España, donde nadie la esperaba. Hizo todo tipo de trabajos, desde los más banales hasta los más inverosímiles, para pagarse unos estudios de arte que se habían convertido en su gran ilusión. Al finalizarlos, intentó abrirse hueco en el difícil mundo del arte. Poseía una aguda inteligencia. Tenía mucho talento, pero su mejor activo era su férrea voluntad y disciplina.

La acompañaba siempre una mirada entre triste y fría, una mirada con la que embriagaba a sus interlocutores y con la que parecía esconder un mundo interior desconocido e imposible

de atisbar. Solo su sonrisa conseguía disipar la tristeza que se dibujaba en su rostro. Como en casi todos los que se quedan huérfanos a una temprana edad, se notaba en ella un cierto desarraigo. Poseía además una cualidad muy especial: veía siempre la realidad desde un ángulo inesperado. Su manera de ver la vida, en muchas ocasiones, sorprendía; encontraba una perspectiva de la que nadie se había dado cuenta antes, inesperada y original. Cuando la conocí, debía de rondar los treinta. Su belleza no era cautivadora, pero su mirada, sus ojos, transformaban un semblante menudo y afable en algo fascinante.

Conmigo se portó muy bien, sobre todo cuando nos conocimos al principio, cosa que nunca entenderé, pero por lo cual le estoy y estaré siempre agradecido. Creí ver en esos favores y llamadas una atracción que bordeaba la frontera de la amistad, pero el tiempo terminó mostrándome mi error. Esa simpatía y afecto que demostró conmigo consiguió demoler unos prejuicios adquiridos con el tiempo. El interés y sinceridad con los que me obsequió desde un principio cambió la imagen que, durante los primeros meses en la ciudad, me forjé de ella. Me sorprendía aquel lazo que nos unía y que ella se afanaba por conservar. Subyacía, en aquella atracción aparentemente desinteresada, un instinto maternal poco desarrollado y experimentado que, por algún motivo que desconozco, afloraba en mi presencia y se hacía más elocuente cuando le abría mi memoria y me desnudaba ante ella.

¿Cómo es que no me percaté de la amenaza que ella supuso para mí? Lo cierto es que jamás llegué a sospechar nada y es eso de lo que me arrepiento ahora. Me figuro que no quise ver lo que sucedía ante mí. Pero tampoco ella supo nunca nada de los sentimientos que albergaba en su interior. Siempre pensé que la mujer era más ágil y rápida que el hombre a la hora de descubrir las amenazas y peligros que acechan en el horizonte.

Pero nada de esto sucedió; ni yo supe darme cuenta de la tragedia y la locura que se escondían tras sus ojos negros ni ella lo que albergaba en mi corazón.

—Alice, me voy a ir, tengo que ir a recoger unos papeles. Espero que me llames cuando vuelva Charlie. —Al decírselo, acerqué mis labios a su rostro y, sin darle opción a pensar en mis palabras, me despedí de ella y me encaminé hacia la puerta.

Aquella tarde no encontré las fuerzas necesarias para involucrarme en ninguna conversación, ni tampoco para escapar de aquel apartamento. Con el saludo de Alice, vi la gran oportunidad que se me estaba negando para salir de aquel piso atestado de vanidad y que iba deprimiéndome poco a poco.

Nunca he sabido poner final a nada en mi vida, carezco del arrojo y la convicción necesarios para terminar con las situaciones que se prolongan innecesariamente en su inutilidad, pero me he acostumbrado a vivir sin ello. Con los años, ha ido menguando la exasperación que me crea mi evidente indolencia. Dos besos me dieron la libertad que añoraba desde hacía muchas horas; esos dos besos me abrieron las puertas para olvidar una noche que se columpiaba ciega sobre mi pereza y natural desánimo.

De pocas personas tenía que despedirme allí. Conocía a muy poca gente, lo que en el fondo me ayudó a desaparecer con mayor rapidez. Aún tuve tiempo, antes de salir, de recorrer parte del piso, de ser atravesado por varias miradas distantes y maliciosas, de ver los rostros agitados por la fastuosa presunción neoyorquina y escuchar las voces y conversaciones que se amontonaban, tediosas, girando sobre el mismo tema. Al final, había conseguido lo que deseaba: poner mis dos piernas fuera de aquel moderno Babel, donde no había nada más que afectación, una terrible y vacua afectación.

Bajé a toda velocidad las escaleras, como si acabase de escapar de una cárcel y sintiese en mi nuca el aliento de unos perros de

presa. Al salir del edificio me sentí aturdido, no sabía muy bien hacia dónde dirigirme. No lo había pensado antes: mi único objetivo había sido escapar de aquel lugar. No había ido más allá. Un manto de oscuridad había conquistado sus sombras aquella tarde; las luces de la ciudad se desvanecían con inquietud bajo aquel manto negro. La noche invitaba a perderse, a buscar un lugar donde poder desembarazarse de uno mismo.

—¿En qué piso vive Denise?

Era una pareja que, con ojos risueños, me preguntaba por el apartamento del que había escapado.

—En el tercero C, pero tenéis que gritar para que os tiren las llaves del portal. No hay telefonillo.

Apoyé uno de mis hombros sobre la farola desvencijada que se alzaba hasta una de las ventanas del apartamento. Me quedé observando a aquella pareja: sus risas, sus palabras malsonantes cargadas de alcohol. Escuché unos gritos y, al poco, un rostro de rasgos germanos asomó la cabeza por la ventana. Tras unas ininteligibles palabras, lanzó las llaves envueltas en una bolsa de plástico.

Por un momento, quise ver cómo la pareja cogía las llaves del suelo y, tras echar una mirada burlona a la ridícula cabeza que se asomaba por la ventana, comenzaba a andar calle abajo, sumergida en una cascada de risas. Quise ver la cara de la supuesta Denise, alucinada, calculando cuánto le iba a costar cambiar la cerradura de la casa. Pero el ruido de la puerta al cerrarse me trajo de vuelta a la realidad.

Se oía el eco de sus voces en la calle. La luz y la música que salían de la ventana dejaban fantasear con algo más de lo que en realidad se ocultaba en aquel apartamento. Por un momento se me pasó por la cabeza una idea un tanto rocambolesca, pero enseguida la descarté. Me encendí un cigarrillo y me dirigí hacia el oeste.

La noche caía sin piedad sobre las perennes luces de aquel barrio. Me sumergí en él como si de una ola en mitad del inmenso océano se tratara. Atravesé algunas calles, todavía resguardadas del impetuoso ritmo de la mole urbana que se alza impúdica sobre el Atlántico, que oculta y ahoga los sueños y vergüenzas de demasiados hombres, que se empeña en acelerar la vana pulsión de muchos soñadores y más desaprensivos, y que, como una gigantesca aspiradora, succiona y envenena las ilusiones de muchos incautos, cuando no alarga y contamina las ambiciones de los demás.